

NOTA BIOGRÁFICA

Blaise Pascal nació en Clermont-Ferrand (Francia) en 1623. Destacó ya de muy joven en matemáticas y física. Antes de cumplir los veinte años había hecho contribuciones decisivas a la geometría, la hidrostática, el cálculo diferencial y el estudio de la probabilidad, además de diseñar una máquina que podía hacer sumas y restas moviendo unas ruedecitas.

En 1654 una revelación mística le impulsó a abandonar la ciencia para centrarse en la religión cristiana. Sus preferencias se centraron en el jansenismo, un movimiento que perseguía un ejercicio moral más estricto inspirado en san Agustín. Pascal participó en las controversias religiosas de su tiempo escribiendo las 18 cartas provinciales (1656-1657) en las que tomaba partido por el jansenista Antoine Arnauld en su polémica con los jesuitas.

Envalentonado por el éxito de las cartas, Pascal proyectó una defensa general de la religión cristiana. Trabajó intensamente, pero la enfermedad que se le manifestó en 1658 fue laminando su salud hasta que le arrebató la vida en 1662. Todos los escritos preparatorios de la gran obra que no terminó suelen agruparse y publicarse con el nombre de *Pensamientos*. En su testamento dispuso entregar todos sus bienes materiales a casas de caridad.

NOTA EDITORIAL

«Tratados de la desesperación» se compone de una selección de los célebres *Pensamientos* que Pascal escribió con el propósito de integrarlos y articularlos en un gran tratado apoloético sobre el cristianismo.

Los *Pensamientos* han sido clasificados, numerados y ordenados de maneras variadas por distintos editores durante los siglos que nos separan de su autor. Esta antología se ha elaborado siguiendo dos criterios: en primer lugar se han seleccionado aquellos pasajes de Pascal que destacaban por su carácter aforístico, y en segundo lugar aquellos que se alejaban de la historia de la religión y de la controversia estrictamente teológica para desembocar en lo que, de manera general, se podría llamar la «cuestión existencial».

PRÓLOGO
«NINGUNA SATISFACCIÓN»

LA CONDICIÓN HUMANA

¿Qué hay más terrible que un ser humano? ¿Qué puede darle más miedo al hombre que el propio hombre? O para ser más precisos: ¿qué debe aterrorizar más a un hombre (a cualquier hombre) que la propia condición en la que está preso?

En cierto sentido la obra de Pascal (el cúmulo de apuntes, sus breves ensayos, las cartas) pueden leerse como una investigación y un desvelamiento de la terrible condición del hombre. Quizás nadie como él ha sabido mostrar lo que significa para la criatura humana existir en un universo que parece monstruosamente ilimitado y eterno, abandonado en un planeta perdido en un rincón de una galaxia, protegido del gélido silencio por una finísima capa de frágil atmósfera. Nadie como Pascal nos estremece con la idea de que se nos ha concedido una conciencia que busca como una luz débil y enferma cosas que puede intuir pero que no puede entender. Nadie como Pascal ha señalado que cada hombre dispone de una conciencia plena y madura, que se siente centro de un universo que no se estremecerá más que en el círculo de los conocidos más cercanos cuando seamos suprimidos. ¿Quién antes de Pascal nos ha obligado a saborear la ferruginosa certeza de que cada individuo que existe pese

a vivir distraído, convencido de tener toda la vida por delante, está condenado a devolverle a la muerte la vida y todas sus cosas? En qué otro autor es tan vívida y desalentadora la certeza de que después de unas pocas décadas atravesando el reino de la sensación seremos desintegrados (si no media un milagro) en la nada. Que somos arrojados al mundo sin instrucciones sobre cómo vivir, y que se nos arranca de la vida sin instrucciones sobre cómo morir. Que se perderá lo que sentimos, lo que pensamos, lo que recordamos, todo lo que hemos sido en la pequeña escotilla de nuestro cerebro.

Pascal no está contando un relato de terror ni una ficción, no está describiendo los estragos de una peste o el horror de la guerra. No está hablando de las odiosas condiciones de vida de una época o de un periodo. Pascal no describe un paisaje del que podamos escapar ni tampoco una pesadilla. Pascal nos habla de lo que somos en tanto que existimos. Levanta acta de lo que consiste ser, nos ofrece los motivos y las razones de nuestra desesperación cotidiana.

Pascal no es un escritor festivo ni brillante. Su obra está escrita en competencia directa con Descartes y Montaigne, pero no ha logrado influir en la historia de la filosofía tanto como el cartesianismo ni concita la mezcla de respeto y afecto que ha despertado entre innumerables lectores el Señor de la Montaña. Durante siglos, pese a gozar de prestigio y reconocimiento, no ha sido un escritor ineludible.

Algo cambió para Pascal en el siglo XX, sus ideas y su tono penetraron en los libros de algunos de los escritores más preponderantes de aquel tiempo, muchos de ellos asociados a lo que de manera bastante imprecisa acostumbramos a llamar «vanguardia». Pascal le inspiró a Eliot algunas de sus visiones más sombrías sobre el hombre. ¿Cómo no escucharle en la famosa frase de Beckett «pequeña plenitud perdida en el vacío»? Thomas Bernhard recurría al célebre «aterrador silencio de los espacios infinitos» como un con-

juro para atrapar a la inspiración. Parece que James Joyce se apoyó en Pascal tanto como en Dante para describir los horrores anticipatorios del infierno que aterrorizan y deleitan a Stephen Dedalus en el *Retrato del artista adolescente*. ¿Qué otros precedentes existen para las parábolas cambiantes de Kafka que algunos de los párrafos más paradójicos de Pascal?

Podríamos seguir añadiendo nombres a la lista, pero esta versión reducida es lo bastante imponente como para defender por sí sola el enorme carisma de Pascal. Un carisma decididamente oscuro.

Pascal ha sido reivindicado por su valor literario (y no solo como filósofo, matemático o teólogo) justo cuando la humanidad ha visto debilitada su confianza en un Dios que se preocupase de manera personal en cada uno de nosotros. Justo cuando la especie parece abandonada a su suerte en un cosmos inmenso, deshabitado, inhóspito. Pero un momento, un momento: ¿qué tiene que ver esta «cosmovisión», este ateísmo de fondo con nuestro hombre, ¿no es Pascal un escritor católico? ¿No escribe a favor de Dios?

Antes he señalado que nadie como Pascal nos ha hecho sentir el terror de, salvo intervención milagrosa, nuestra futura desintegración en la nada.

El caso es que Pascal creía en los milagros.

EL HOMBRE SIN DIOS

Pascal es un creyente: cree que Dios formó el mundo, cree que Jesús vino al mundo para expiar el pecado original y cree que tras la muerte seremos juzgados: que los malvados padecerán en el infierno y que los cuerpos de los justos serán resucitados para vivir eternamente.

Pascal es cristiano y católico, la suya es una religión que, a diferencia del paganismo (cuyos dioses abandonan a los

hombres a su suerte cuando no se complacen atormentándolos) y de las gélidas divinidades que conjetura la filosofía, tiene una buena y excelente noticia que darnos a la humanidad. De hecho, más de una: el universo tiene sentido, la vida del hombre es observada y evaluada, la muerte no supone la desintegración de la conciencia, sino el primer paso hacia una eternidad jubilosa.

Y, sin embargo, cualquiera que se adentre en los *Pensamientos* de Pascal no podrá pasar por alto el predominio de una atmósfera tenebrosa, de tensión. Muy alejada de la celebración.

Se me ocurren tres motivos para explicar esta aparente paradoja: el primero remite al propósito básico de la aventura intelectual de Pascal. Su pretensión no es juntarse con quienes creen lo mismo que él y festejar su suerte. Los pensamientos de Pascal tienen un carácter indiscutiblemente ecuménico. Su trabajo es áspero: quiere convencer un poco más a los indecisos, y sobre todo, quiere aterrorizar a los que viven en la inopia para que no puedan pasar más tiempo por alto la certeza de que su existencia será cortada por la muerte, y que la principal tarea que debe abordar un hombre (¿la única?) es prepararse para ganar la eternidad.

Gran parte de los esfuerzos de Pascal están dedicados a estudiar la naturaleza humana como si no existiese Dios, como si todas las promesas fuesen falsas, como si el desenlace de la aventura vital fuese la aniquilación. Pascal describe el universo sin Dios (una magnitud absurda) y al hombre sin Dios (una pequeñez sin sentido), y reitera una y otra vez la misma idea: de este contraste entre una materia ciega y una conciencia impotente sólo puede resultar la desesperación de la segunda.

Pascal amplía el ámbito del análisis: va de la condición existencial del hombre hasta la organización social donde habita. El resultado también es devastador. El ser humano

ha desarrollado sistemas de convivencia (urbanos y rurales) dominados por la vanidad, las falsas ilusiones y una necesidad voraz de entretenimiento; donde predominan amistades de conveniencia y amores y cariños perecederos. Pascal señala las leyes absurdas con las que nos gobernamos: pensadas al dictado del capricho, fosilizadas por la costumbre, distintas en cada clima y región. Leyes que defienden y alientan el egoísmo y la rapacidad, que consolidan las injusticias y la inclinación humana hacia el conflicto y la guerra.

Como muchos otros escritores católicos, Pascal puede permitirse ser muy crudo en estas descripciones porque tiene, digámoslo así, un as en la manga. Sabe que el cuadro que pinta es el resultado de extirpar del universo a su creador. La prosa de Pascal es nihilista sólo en apariencia, o para ser más precisos: es nihilista para quienes ya no creen con tanta facilidad en la delicada atención que el creador del universo nos dedica a cada uno de nosotros, en el plan que tiene para el cosmos, en la promesa de la salvación.

Pascal consigue un retrato siniestro, atractivísimo y certero de la condición humana en la medida que disimula sus propias creencias, las buenas noticias que nos trae su religión. Tanto es así que en algún momento, mientras armaba este libro, pensé en la fuerza que podría tener una selección de sus pensamientos que llevase al extremo la propia estrategia de Pascal y que sólo ofreciese pasajes indicativos de la condición del hombre sin Dios; la idea quedó desechada no sólo porque hubiese supuesto contrariar en exceso los principios de Pascal, sino porque algunas de las mejores páginas que escribió están dedicadas a su propia lucha con las dudas, a exponer ciertas incomodidades en relación con su fe.

Paso de puntillas por el segundo motivo: Pascal escribe desde el interior de un cristianismo desagarrado y escindido. Aunque no participó en las guerras de religión como Montaigne, el recuerdo del horror está todavía fresco para

su generación, la tensión sigue viva y activa, y la amenaza de nuevos conflictos todavía no se ha apagado. Pascal no es especialmente incisivo en este asunto, pero la sombra de todo lo que se ha perdido en los cismas y en las guerras de religión se proyecta sobre la prosa.

El tercer motivo es que Pascal pone sobre el papel sus pensamientos, al pensar en la publicación, se integra de pleno en la tribu de los escritores. En un pasaje dedicado a zaherir la vanidad, Pascal reconoce de manera bastante explícita que no sólo persigue convencer a sus lectores de que la condición humana sin Dios está condenada a la desesperación, sino que en su corazón también late, aunque sea de manera intermitente, el deseo de seducir a los lectores venideros (los lectores siempre son venideros para el que escribe).

El lector podrá decir aquí: ¿cómo? ¿Un escritor que ha dedicado tantos esfuerzos a denunciar la pequeñez del hombre y el absurdo de la vanidad, preocupado por algo tan inane y menor como la gloria literaria? ¡Menudo hipócrita! Y sin embargo quizás no sea exactamente así. Se podría decir que quizás Pascal es aquí involuntariamente víctima de otro de sus aforismos más famosos: «El corazón tiene razones que la razón no comprende».

Pero hay más: cualquier escritor sabe que para convencer al lector (y persuadirle nada menos de que debe cambiar por completo de vida para escapar de la nada y salvarse) no le vale con imponerse en el ámbito de los argumentos, también debe persuadir y retenerle con el lazo invisible de la persuasión retórica, del estilo. Y Pascal nunca es mejor que cuando atemoriza, que cuando retrata de manera implacable qué somos a escala cósmica. Esta sombría agresividad es el lado bueno de su estilo. Su marca peculiar, lo que le vuelve irresistible, único. Pascal se crece como escritor cuanto más daño quiere hacerle al lector, cuanto más se aleja de las buenas noticias que el cristianismo tiene para nosotros.

EL PROBLEMA CON MONTAIGNE

Con cierta razón de ser los nombres de Pascal y de Montaigne suelen ir asociados. Es indiscutible que Pascal tiene (como el resto de ensayistas franceses) una deuda con el Señor de la Montaña. Y pese a toda la agresividad y la displi-cencia con la que Pascal trata a Montaigne, también le rinde un sutil homenaje, el mayor que un escritor puede hacerle a otro: le reconoce como la inteligencia a la que no puede dejar de medirse.

Se ha intentado explicar la fijación de Pascal por Montaigne en términos psicológicos (envidia) y de influencia (rivalidad literaria). Pero creo que Pascal sentía una irritación intensa hacia Montaigne por motivos más profundos: le reconocía la gracia, el talento, la inteligencia y la fuerza expresiva. Pero le desesperaba que los hubiese puesto al servicio de asuntos que para Pascal eran absolutamente intrascendentes. Le reprochaba el escrutinio de su vida íntima y fisiológica: sus afecciones, sus cólicos. Le reprochaba el hedonismo (de baja intensidad) con el que se entregaba a la lectura de los clásicos. Le reprochaba la intermitencia con la que abordaba los asuntos, la elección de temas ridículos, lo gratuito de sus afirmaciones. Y le reprochaba que, siendo como era un hombre creyente, tratase el problema fundamental de la muerte del cuerpo y el futuro del alma con la falta de profundidad de quien aborda un problema doméstico: dónde morir más fresco y más cómodo. Montaigne es sencillamente demasiado humano para Pascal.

Incluso si finalmente se tratase de envidia, el asunto no debería reducirse a la rivalidad local entre dos luminarias literarias. Pascal envidia el talento de Montaigne en la medida que podría ponerlo al servicio de cosas verdaderamente importantes, en lugar de mariposear sobre asuntos (¡los tablones de anuncios!, ¡los carruajes!, ¡las piedras del riñón!)

que como pensador «comprometido» a Pascal le irritaban profundamente.

Porque si bien Pascal ha sido acusado en alguna ocasión de contradecirse (una idea que no parece sencillo contradecir), de lo que no hay duda es de que se tomaba su trabajo completamente en serio.

Para Pascal nada puede haber más importante para un ser humano que estudiar con detenimiento la propia condición. ¿No está en juego la eternidad? ¿No está en juego la nada? Los *Pensamientos* están repletos de pasajes donde Pascal se lamenta, se enfurece y riñe a las personas que pasan por la vida desatendiendo su futuro a cambio de consumir de cualquier manera unos años (los de la existencia, los que podemos respirar) absolutamente ridículos en comparación con la eternidad.

La «repetición» de algunos motivos y de algunos pasajes se explica en primera instancia por el carácter de los *Pensamientos*: una serie de escritos acumulados con la idea de componer un tratado posterior, pero también se justifica, quizás de manera más profunda, por la seriedad con la que Pascal se toma su tarea: busca una y otra vez la forma perfecta de la argumentación, el matiz decisivo para persuadir al lector; el asunto es demasiado importante como para no esforzarse al máximo, para no insistir una vez más, conformarse equivale aquí a rendirse. En puridad no se trata de repeticiones, sino de un pensamiento en espiral, que avanza trazando la misma figura en posiciones espaciales distintas: ahondando una y otra vez en los mismos asuntos.

Tan importantes son para Pascal los problemas que aquí se abordan que, algo bastante insólito para un pensador, no se hace trampas a sí mismo. Desde el primer momento reconoce que no hay una prueba definitiva de la existencia de Dios. Una y otra vez insiste en el carácter insuficiente de la razón humana. Por si esto fuera poco la divinidad se

manifiesta velada en la tierra, se insinúa pero no se muestra, su ámbito natural es la penumbra. Dios tendrá sus propios motivos, pero los efectos para Pascal son evidentes: asume abiertamente que incluso la fe más cálida y más viva proyecta una sombra de duda.

El lector descubrirá pronto que algunos de los pasajes más célebres y vibrantes de Pascal están asociados a esa duda estructural, una suerte de grieta o fisura que atraviesa la condición humana para caracterizarla. Una duda que requiere un salto al vacío o una apuesta. En estos pasajes sobre la duda vemos agitarse en primer plano la voluntad que anima a Pascal a convencer a sus lectores, la importancia decisiva, vital, que tiene para él convencerles de sus razones: Pascal está tratando de salvarles. Una voluntad que probablemente también esté activa aunque invisible en los pasajes más displicentes o agresivos. Un cuidado, una obstinación, un perfeccionismo propio de quienes no quieren olvidar en lo que se han convertido, quienes están apuntalando sus propias creencias, quienes al tratar de convencernos y disipar sus dudas están también convenciéndose a sí mismos.

SEPTIEMBRE DE 2015